

Leer el mundo

Experiencias actuales de transmisión cultural



ESPACIOS PARA LA LECTURA

Primera edición en francés, 2014
Primera edición en español, 2015

Petit, Michèle

Leer el mundo : experiencias actuales de transmisión cultural /
Michèle Petit ; con prólogo de Daniel Goldin. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2015.

208 p. ; 21x14 cm. - (Espacios para la Lectura)

Traducido por: Vera Waksman

ISBN 978-987-719-078-6

1. Estudios Culturales. I. Goldin, Daniel, prolog. II. Waksman,
Vera, trad. III. Título

CDD 306

Colección dirigida por Socorro Venegas

Traducción: Vera Waksman

Edición: Ezequiel Acuña y Mariana Rey

Formación: Hernán Morfese

Viñeta de portada: Hernán Morfese

Título original: *Lire le monde. Expériences de transmission culturelle aujourd'hui*

ISBN de la edición original: 978-2-7011-9027-3

© Michèle Petit, 2013

© Belin, París, 2014 para todas las lenguas, salvo el castellano

D.R. © 2015, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-078-6

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Leer el mundo

Experiencias actuales
de transmisión cultural



Michèle Petit

Traducción de
Vera Waksman



FONDO DE CULTURA
ECONÓMICA



Como fuente primaria de información, instrumento básico de comunicación y herramienta indispensable para participar socialmente o construir subjetividades, la palabra escrita ocupa un papel central en el mundo contemporáneo. Sin embargo, la reflexión sobre la lectura y escritura generalmente está reservada al ámbito de la didáctica o de la investigación universitaria.

*La colección **Espacios para la Lectura** quiere tender un puente entre el campo pedagógico y la investigación multidisciplinaria actual en materia de cultura escrita, para que maestros y otros profesionales dedicados a la formación de lectores perciban las imbricaciones de su tarea en el tejido social y, simultáneamente, para que los investigadores se acerquen a campos relacionados con el suyo desde otra perspectiva.*

Pero —en congruencia con el planteamiento de la centralidad que ocupa la palabra escrita en nuestra cultura— también pretende abrir un espacio en donde el público en general pueda acercarse a las cuestiones relacionadas con la lectura, la escritura y la formación de usuarios activos de la lengua escrita.

***Espacios para la Lectura** es pues un lugar de confluencia —de distintos intereses y perspectivas— y un espacio para hacer públicas realidades que no deben permanecer solo en el interés de unos cuantos. Es, también, una apuesta abierta en favor de la palabra.*



ÍNDICE

LIMINAR	11
PRÓLOGO	13
Te presento el mundo	19
Lanzar sobre el cielo, el mar, la ciudad, una red de palabras y de historias.	20
Inscribir en la serie de las generaciones.	23
El asunto de la familia y de los allegados...	27
... pero también de los promotores culturales	32
¿Para qué sirve leer?	41
¿Utilidad social o exigencia vital?.	43
Los libros, cercanos a las cabañas	47
El extraño lugar de los recuerdos de lectura	53
Encontrar palabras a la altura de la propia experiencia	55
Conocer al Otro desde el interior.	57
“Los libros me enseñan a escuchar”.	62
Poner en movimiento el pensamiento, relanzar la narración	64
Levantar la vista del libro	68
Variaciones sobre tres vocablos:	
palabras, comunicar, narración	75
El niño en una flor de papeles cubiertos de palabras	76
El lugar donde nos encontramos es el lugar donde jugamos	83
Tejer relatos, volver a pegar el mundo	89
Relato y crisis	94
Los libros, el arte y la vida de todos los días	101
Cuando las expresiones artísticas se apoderan de lo cotidiano	103
Un espacio diferente, tan esencial como inútil...	107
... donde se opera el verdadero trabajo	112
Dar profundidad a los lugares familiares	116

Celebración de lo imaginario	123
Un rechazo creador	125
Lo que habría podido ser: una parte invisible y vital	129
Lo imaginario en el corazón del amor, del viaje, del hábitat	135
Un rol fundamental en el proceso de conocimiento	139
El arte de la transmisión	145
El peso del clima familiar	149
La búsqueda de un secreto, en el corazón del deseo de leer.	153
La voz antes que las letras	160
Recomponer un clima propicio para la apropiación de lo escrito	163
Escribir o leer comienza en el cuerpo.	168
La educación artística y cultural	175
¿Qué puede la escuela?	175
“No es diversión, es mayéutica”	182
Múltiples resistencias	189
Las bibliotecas, mañana.	191
 EPÍLOGO	 201
ÍNDICE DE NOMBRES	205

Me gusta el juego, el amor, los libros, la música,
la ciudad y el campo, todo; no hay nada
que no me sea un bien soberano,
hasta el oscuro placer de un corazón melancólico.

JEAN DE LA FONTAINE

Prólogo

ESTE LIBRO es un alegato para que la literatura, oral y escrita, y el arte bajo todas sus formas tengan lugar en la vida de todos los días, en particular en la de los niños y adolescentes.

Surgió como un acto de rebeldía contra el hecho de estar cada vez más obligado, si se defienden las artes y las letras (o también, las ciencias), a proveer pruebas de su rentabilidad inmediata, como si esa fuera su única razón de ser. Julien Gracq, hace casi veinte años, se había sublevado contra “la calibración monetaria instantánea de toda actividad humana” y se había puesto a imaginar cómo oponerle un movimiento diferente.¹ Hoy en día, la calibración monetaria ha alcanzado proporciones insensatas y no solo se alarman los escritores próximos al surrealismo. Drew Faust, la presidenta de Harvard, también se preocupa por la caída brutal del porcentaje de estudiantes que eligen las “artes liberales” y las ciencias como disciplina principal. Recuerda que la apuesta de la enseñanza va mucho más allá de una utilidad mensurable: “Los seres humanos necesitan sentido, comprensión, perspectiva tanto como trabajo. La cuestión no debería ser si podemos permitirnos creer en esos objetivos en los tiempos que corren, sino si podemos permitirnos no hacerlo”.² No se le puede objetar que se ubique en

¹ Lo situaba en la estela del surrealismo, que no había cambiado la vida, pero al menos había permitido que la poesía la irrigara día tras día (véase “Revenir à Breton”, en *Le Monde*, 16 de febrero de 1996).

² Drew Faust, “The University’s Crisis of Purpose”, en *New York Times*, 1° de septiembre de 2009. Disponible en línea: <<http://www.nytimes.com/2009/09/06/books/review/Faust-t.html?ref=review>>.

posiciones románticas o pasadistas: la institución que preside está a la cabeza del *ranking* mundial establecido por la Universidad Jiao Tong de Shanghái. Martha Nussbaum, profesora de la Law School de la University of Chicago, se inquieta, por su parte, con el hecho de que

en casi todos los países del mundo, las artes y las humanidades son amputadas a la vez en el ciclo primario, en el secundario y en la universidad. Los responsables políticos ven en ellas florituras inútiles en un momento en que los países deben sacarse de encima todos los elementos inútiles para seguir siendo competitivos en el mercado mundial.³

Sin embargo, de acuerdo con ella, solo una cierta práctica de las artes y las humanidades estaría en condiciones de responder a preguntas muy actuales de las sociedades democráticas, en particular por el desarrollo de las capacidades emocionales, imaginativas y narrativas. Estas, precisa, deben cultivarse también en la familia, desde el comienzo de la vida.

Si bien luchan contra un utilitarismo miope, estas dos mujeres no se plantean como guardianas nostálgicas de un templo perdido, así como tampoco se lamentan de la revolución digital; es por esa razón que las cité. En efecto, el deseo de escribir y de reunir los textos que siguen provino también de un hastío de los discursos de la queja que se han multiplicado en todos los ámbitos y que se oyen bastante a propósito de la lectura, de las bibliotecas o de la transmisión cultural. Como resultaban deprimentes para muchos profesionales y los hacían dudar del sentido de su trabajo, me consultaron con frecuencia a lo largo de estos últimos años: tengo fama (difícil de

³ Véase Martha Nussbaum, *Les émotions démocratiques. Comment former le citoyen du XXI^e siècle?*, París, Climats, 2011, p. 10 [trad. esp.: *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, Buenos Aires, Katz, 2010].

sostener) de levantarle la moral a las tropas. De modo que, la mayoría de los textos de este libro fueron concebidos, en una primera versión, para coloquios o jornadas que reunían a bibliotecarios, docentes, personas que trabajan en la promoción de la lectura o estudiantes que se preparan para esos oficios, en Francia o en otros países de Europa y de América Latina. Las preguntas que me hacían, de manera reiterada, eran más o menos las siguientes: ¿para qué sirve leer, por qué leer hoy, por qué incitar a los niños a que lo hagan? Y: ¿cuáles son los fundamentos de la importancia de la literatura, pero también, de manera más general, de la transmisión cultural?

Procuré responderlas desde diferentes lados: explicando por qué era vital presentar el mundo a los niños y de qué manera los libros y los otros bienes culturales contribuían a ello; evocando la manera en que leer podía reanimar la interioridad, poner en movimiento el pensamiento, relanzar una actividad de construcción de sentido, suscitar intercambios; recordando que el lenguaje y el relato nos constituían pero, también, mostrando que una dimensión tan esencial como “inútil” debía añadirse a la vida de todos los días, o celebrando lo imaginario. Otra pregunta que me plantearon a menudo: ¿cómo hacer para dar el gusto por la lectura y por las prácticas culturales? Los últimos dos textos hablan, pues, del arte de transmitir y de la educación artística.

Para proveer estas respuestas, evidentemente parciales, me apoyé en lo que aprendí, a lo largo de mis investigaciones, escuchando a hombres y mujeres de diferentes sectores sociales que me comparten sus lecturas, ya sea que lean regularmente o de manera muy ocasional, estudiando recuerdos transcritos por escritores y conversando con promotores de libros y con “educadores por el arte” que saben cómo hacer deseable la apropiación de la cultura escrita, de la literatura y del arte a aquellos que están más lejos.

Esta obra retoma en ocasiones temas o ejemplos evocados en libros que publiqué con anterioridad,⁴ pero desde una perspectiva algo diferente. Un hilo conductor recorre los textos que la componen: desde la más tierna edad y a lo largo de toda la vida, la literatura, oral y escrita, y las prácticas artísticas están en estrecha relación con la posibilidad de encontrar un lugar. Lo veremos en numerosos ejemplos; son incluso un componente esencial del arte de habitar, de esas actividades que consisten, según el arquitecto Henri Gaudin, en

tejer todo tipo de cosas alrededor de nosotros para amigarnos con ellas, para volvérnoslas menos indiferentes. Habitar es eso, disponer cosas en nuestro entorno. Reabsorber la distancia con la extrañeza de lo que es externo a nosotros. Intentar salir del desconcierto mental que provoca la incomprendibilidad inherente a lo que está ahí afuera”⁵

Más allá de la integración social, lo que está en cuestión es la posibilidad de acordar, en el sentido musical del término, o de volver a ponerse de acuerdo con aquello que (y con quienes) nos rodea.

Quizá el hecho de haber trabajado durante mucho tiempo cerca de geógrafos me volvió sensible a esta dimensión. También que ese hilo conductor se encontraba en varios de los dichos que sostenían mis interlocutores. A lo largo de los años, me hicieron comprender que compartir con niños o jóvenes experiencias culturales, darles una educación literaria y artística, no tiene como principal objetivo “formar lectores”, en un momento en que su proporción estaría en disminución en muchos

⁴ En particular *Éloge de la lecture* (2002) y *L'art de lire ou comment résister à l'adversité* (2008), publicados por Belin en la colección Nouveaux Mondes [trad. esp.: *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, México, Océano Travesía, 2009].

⁵ Henri Gaudin, “Embrasure”, en *Villa Gillet*, núm. 5, 1996, p. 22.

lugares, o futuros amantes de museos o de salas de espectáculo en vivo. Es curioso que, en ese caso, también se les suele pedir a la literatura y al arte que *rindan cuentas*. No se juzga acerca de las buenas razones de la gimnasia en la infancia por el hecho de que, cuando grande, se practique regularmente vóleibol o atletismo, o del interés de despertar a las matemáticas por la frecuencia de una curiosidad posterior por esa disciplina.

La apuesta es, antes bien, que esas experiencias, esa educación, animen a aquellas y a aquellos que las han tenido a lo largo de toda su vida, aun cuando hayan olvidado la mayor parte de lo que vivieron o descubrieron. Es forjar un arte de vivir cotidiano que escape a la obsesión de la evaluación cuantitativa, es forjar una atención. Es llegar a componer y preservar un espacio muy diferente que privilegie el juego, los intercambios poéticos, la curiosidad, el pensamiento, la exploración de sí y de lo que nos rodea. Es mantener viva una parte de libertad, de sueño, de algo inesperado.



Te presento el mundo

Antes los indios miraban de noche el cielo oscuro y bien oscuro que era ese cielo. Todo negro. Voy a contar la sencilla historia del nacimiento de las estrellas.

CLARICE LISPECTOR¹

PARA HABLAR de la transmisión cultural, tema inmenso si los hay, partiré de un recuerdo personal. Hace algunos años, me encontraba en Brasil para dar unas conferencias. Ya había viajado al hemisferio sur y había descubierto árboles y pájaros desconocidos, cuyos nombres y particularidades me habían enseñado mis anfitriones; algunas veces me habían contado leyendas que tenían que ver con ellos. Curiosamente, nunca había prestado atención al cielo cuando llegaba la noche. Hasta ese verano en Brasil, cuando Patricia Pereira Leite me llevó al campo, en Minas Gerais. Cuatro horas de ruta para llegar a una explotación cafetera con sus pequeñas casas blancas, sus bananos, sus buganvillas, sus tucanes.

Hacia el final de la tarde, fuimos a caminar por un camino cercano a la granja. La noche cayó a esa velocidad que sorprende siempre a quienes viven en climas templados y las estrellas compusieron poco a poco un universo completamente desconocido. Yo no podía aferrarme a las constelaciones familiares para quienes viven en el hemisferio norte. Miraba el cielo, no

¹ Clarice Lispector, *Comment sont nées les étoiles*, París, Des Femmes/A. Fouque, 2005, p. 9 [trad. esp.: *Cómo nacieron las estrellas*, Madrid, Sabina, 2009].

veía más que una infinidad de astros aislados y experimentaba un curioso pavor, como si yo misma estuviera separada, cortada de los otros. Me di cuenta de hasta qué punto el cielo es para nosotros una referencia habitual y cuán perturbador es estar privado de ella. Ese cielo de Minas Gerais no me decía nada, no evocaba nada.

Me apresuré a preguntar dónde estaba la Cruz del Sur. La joven lugareña que nos acompañaba levantó los ojos sin encontrarla. Un vecino que pasaba dijo que había que esperar hasta las once de la noche para verla. Sin siquiera pensar en ello, me había aferrado a ese nombre conocido, “Cruz del Sur”, para introducir un mojón en ese universo indiferenciado, entre esos astros que ninguna figura unían, que no se asociaban a ningún recuerdo y de los que ignoraba los nombres que los humanos les habían dado. De ese cielo, no me habían dicho nada, no me habían transmitido nada.

LANZAR SOBRE EL CIELO, EL MAR, LA CIUDAD,
UNA RED DE PALABRAS Y DE HISTORIAS

Una constelación no tiene ningún fundamento científico, las estrellas se reagrupan por nuestra única necesidad de disponer conjuntos, nombrarlos y contar historias sobre ellos. Es una pura construcción humana, fundada en la cultura occidental sobre la tradición helénica y prehelénica, transmitida a través de la Edad Media. Otras culturas imaginaron constelaciones diferentes, pero todas compusieron ese cielo humano para intentar domesticarlo, familiarizarse con él, para que no seamos presas del pánico como lo había sido yo aquella noche. O como aquel niño de la ciudad, en el *Netherland* de Joseph O’Neill, que pasa una noche en un barco y lo invade un terror que no había sentido nunca cuando mi-

ra hacia las estrellas: “Yo era solo un niño, sobre un barco, en el universo”²

Aquella noche, en Brasil, tomé conciencia de hasta qué punto la transmisión cultural era una presentación del mundo. El sentido de nuestros gestos, cuando les contamos historias a los niños, cuando les proponemos libros ilustrados, cuando les leemos en voz alta, tal vez es ante todo esto: te presento el mundo que otros me pasaron y del que yo me apropié, o te presento el mundo que descubrí, construí, amé. Te presento lo que nos rodea y que tú miras, asombrado, al mostrarme un pájaro, un avión, una estrella. Te digo un poema:

Encima del mar
encontramos
la luna y las estrellas
en un barco a velas

Más tarde, te leo leyendas que hablan del nacimiento de los astros o, cuando paseamos, te presento la Osa Mayor y la Menor, que por esos simples nombres algo infantiles vuelven el cielo familiar.

Todas las sociedades arrojaron sobre la noche estrellada una red de palabras, de historias, de cosmogonías de las que nos apropiamos fragmentos desde la infancia. Aun cuando no sé a qué astros atribuir Andrómeda, el Dragón, Pegaso o Casiopea, aun cuando olvidé —si alguna vez los conocí— los relatos de los cuales son tomados esos nombres, pueblan el cielo de animales o de héroes míticos y lo transforman en un ámbito humano. Cuando levanto la vista, me vinculo con todos aquellos que lo contemplaron, observaron, a lo largo de los siglos.

² Joseph O’Neill, *Netherland*, París, De l’Olivier, 2009, p. 234 [trad. esp: *Netherland. El club de criquet de Nueva York*, Barcelona, El Aleph, 2009].

Y con aquellos junto a quienes caminé, durante la noche, que designaron una estrella, contaron fábulas sobre ella o explicaron que a mediados de agosto hay que pedir un deseo cuando se ve un cometa, como si los astros velaran por nosotros, se transformarían en otras tantas “buenas estrellas”. Recuerdo otras noches en las que pedí deseos, recuerdo cerca de quiénes estaba y la noche se va poblando. A tal punto que llega a ser a veces casi amigable, como para el marinero cuya aventura verídica relata Gabriel García Márquez en *Relato de un naufragó*: estuvo a la deriva sin comer ni beber durante diez días y otras tantas noches, sintiéndose amenazado por “animales enormes y desconocidos” que rozaban su balsa, y con la sola compañía de la Osa Menor: “cuando localicé la Osa Menor no me atreví a mirar hacia otro lado. No sé por qué me sentía menos solo mirando la Osa Menor. [...] Pensaba que a esa hora alguien estaba mirando la Osa Menor en Cartagena, como yo la miraba en el mar, y esa idea hacía que me sintiera menos solo”.³

Te presento el mar, te canto *Barco chiquitito*, *Soy capitán* o *Navegar sin temor en el mar es lo mejor*; te leo historias de galeones y de carabelas, de piratas y de Robinson, o te cuento que Poseidón creó a los caballos y con ellos puede surcar las olas. Porque el mar también es inquietante, más aún en estos tiempos en que no transcurre una semana sin que se escuche hablar de un huracán, de un tsunami o de inmigrantes que partieron a buscar suerte y se ahogaron en una playa de las Canarias o de Libia.

Tomé el ejemplo del cielo porque es nuestro padre mítico desde la antigua Grecia, y del mar porque en muchos lugares sus movimientos se asocian, en las leyendas o en el inconsciente, a los humores de aquella que veló por nosotros al co-

³ Gabriel García Márquez, *Récit d'un naufragé*, París, Grasset, 1979, pp. 49 y 50 [ed. orig.: *Relato de un naufragó*, Buenos Aires, Sudamericana, 1982, p. 52].

mienzo de la vida, pero habría podido hablar de la manera en que toda cultura procura domesticar la montaña, la selva, el desierto, los ríos o el paisaje urbano con la ayuda de historias, de mitos, de ritos y de obras de arte.

Te presento la ciudad e interpongo entre ella y tú narraciones, recuerdos, poesías o canciones para que puedas habitarla. Cuando pases por esa calle, aunque no pienses en ello, estará poblada de los personajes de esas historias que te acompañarán; cuando veas la Torre Eiffel, recordarás que un día te dije que un poeta la había comparado con una pastora y a los puentes con corderos. Palabras que te habré dicho, leído o cantado harán posible una experiencia poética del espacio. Calles o barrios adquirirán relieve, te harán soñar, ir a la deriva, asociar, pensar.

Para que el espacio sea representable y habitable, para que podamos inscribirnos en él, debe contar historias, tener todo un espesor simbólico, imaginario, legendario. Sin relatos —aunque más no sea una mitología familiar, algunos recuerdos—, el mundo permanecería allí, indiferenciado; no nos sería de ninguna ayuda para habitar los lugares en los que vivimos y construir nuestra morada interior.

INSCRIBIR EN LA SERIE DE LAS GENERACIONES

Te presento también el mundo de donde vienes, te inscribo en la serie de las generaciones a fin de que no flotes demasiado, a lo largo de toda la vida. Como en esta escena evocada en Argentina por Silvia Seoane:

Cuando yo era chica, mi mamá me contaba, a la noche, con la luz de la pieza apagada, la historia de Alicia en el país de las maravillas. Yo no sé si ella alguna vez leyó la novela de Lewis Ca-

roll; no sé si su mamá, un hermano mayor o una monja del colegio en el que fue pupila alguna vez le narraron la historia. No sé si leyó alguna versión de esa novela en *El tesoro de la juventud*, libro de cabecera en la niñez de mi madre (libro que yo imaginé, durante muchos años de mi infancia, fuente de todas las historias). Es decir, no sé cómo llegó ese clásico de la literatura a manos, vista u oídos de mi madre.

[...] Sé que mi mamá atendía un quiosco en mi casa y que, probablemente por eso, las aventuras de esta Alicia que ella me contaba transcurrían en un mundo de árboles de chocalines Jack y cataratas de Fanta Naranja y Coca Cola. Sé que Alicia llegaba a este paraíso a través del espejo (por eso yo amaba el botiquín del baño) y sé que estaban el conejo y la Reina de Corazones. Lo demás de ese relato nocturno ya no lo recuerdo.

No recuerdo muchos detalles de la historia pero sí recuerdo la voz de mi mamá en la oscuridad. Recuerdo con enorme nitidez lo que yo veía mientras ella contaba. Recuerdo la emoción y la maravillosa sensación alucinada. Sé que yo estaba convencida de que, de algún modo, era Alicia [...]; todas las noches, nacía para mí en la voz de mi mamá un mundo paralelo. Con su relato, yo atravesaba el espejo y entraba ritualmente en la ficción. Como entraba cuando, también mi mamá, me contaba la historia del Rey David o la de mi tatarabuelo el carabinero del sur de Italia; la historia de Pedro y el Lobo y también la de mi tío Orestes; las historias de mis bisabuelos maestros en la Patagonia a principios de siglo, la de la piedra movediza de Tandil cerca de cuyos restos mi abuela daba clases (relatos merced a los cuales —estoy segura— elegí la profesión docente).⁴

⁴ Silvia Seoane, “Tomar la palabra. Apuntes sobre oralidad y lectura”, conferencia en el marco del postítulo de Literatura Infantil y Juvenil, Cepa, Buenos Aires, 18 de septiembre de 2004. Disponible en línea: <<http://teorialiteraria2009.files.wordpress.com/2009/06/seoane-silvia-ponencia-tomar-la-palabra.pdf>>.

Noche tras noche, la madre de Silvia tejía así relatos que encantaban lo cotidiano y agrandaban el espacio, abriéndolo hasta los campos rusos o la Patagonia, hasta la madriguera del conejo de Alicia o hasta Italia. Ligaba a la niña con toda esa gente de generaciones pasadas que vivían en su voz, su ancestro carabinero, el tío Orestes, los bisabuelos maestros, introduciendo a Silvia en el tiempo histórico del siglo pasado como en el tiempo bíblico del rey David.

Te presento a aquellos que te han precedido y el mundo del que vienes, pero te presento también otros universos para que tengas libertad, para que no estés demasiado sometida a tus ancestros. Te doy canciones y relatos para que te los vuelvas a decir al atravesar la noche, para que no tengas demasiado miedo de la oscuridad y de las sombras. Para que puedas poco a poco prescindir de mí, pensarte como un pequeño sujeto distinto y elaborar luego las múltiples separaciones que te será necesario afrontar. Te entrego trocitos de saber y ficciones para que estés en condiciones de simbolizar la ausencia y hacer frente, tanto como sea posible, a las grandes preguntas humanas, los misterios de la vida y de la muerte, la diferencia de los sexos, el miedo al abandono, a lo desconocido, el amor, la rivalidad. Para que escribas tu propia historia entre las líneas leídas.

Lo que para el niño pequeño significa el adulto cuando dispone y abre frente a él libros ilustrados es también: te presento los libros porque una inmensa parte de lo que los humanos han descubierto está escondido allí. Podrás abreviar allí para dar sentido a tu vida, saber lo que otros pensaron de las preguntas que te planteas, no estás solo para hacerles frente. Te presento la literatura, que, como los juegos de cucú o el teatro de sombras, hace aparecer y desaparecer a voluntad. Podrás jugar con ella a lo largo de toda tu vida si tienes ganas, sumergirte en el cuerpo y los pensamientos de seres que difieren radicalmente de ti. Solo la literatura te dará tanto acceso a lo que